LA BATALLA DEL GRIAL

BERNARD CORNWELL

LA BATALLA DEL GRIAL

Traducción de Libertad Aguilera

edhasa

Consulte nuestra página web: https//www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Vagabond*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: julio de 2026

© Bernard Cornwell, 2002
© de la traducción: Libertad Aguilera, 2003
© de la presente edición: Edhasa, 2003, 2026
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6560-3

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 11654-2026

Impreso en España

La batalla del Grial
está dedicado a June y Eddie Bell,
desde la gratitud y la amistad


Durham
Neville's Croos
York
INGLATERRA
LONDRES
Dunkerque
Calais
Dorchester
Hookton
CANAL DE LA MANCHA
Abbeville
Somme
Ruán
Sena
PARÍS
Caen
Edecque
Poissy
Tréguier
Lannion
La Roche-Derrien
NORMANDÍA
Guingamp
Fougères
BRETAÑA
RENNES

PRIMERA PARTE

Inglaterra, octubre de 1346

Flechas en la colina



Era octubre, la época del año en que se celebraba la matanza del ganado antes del invierno, cuando los vientos del norte traían su promesa de hielo. Las hojas de los castaños habían adquirido un color dorado, las hayas eran árboles en llamas y los robles parecían de bronce. Thomas de Hookton, su mujer, Eleanor, y su amigo, el padre Hobbe, llegaron a una granja elevada al anochecer. El granjero se negó a abrirles la puerta, pero les gritó del otro lado que los viajeros podían dormir en el establo. La lluvia repiqueteaba en la paja enmohecida. Thomas metió a su único caballo bajo el mismo techo, que compartían con una pila de leña, seis cerdos en un sólido redil de madera y un montón de plumas desperdigadas que habían pertenecido a una gallina. La plumas le recordaron al padre Hobbe que era el día de San Galo, y le contó a Eleanor cómo el bendito santo, al llegar una noche a casa, se encontró con un oso que le estaba robando la cena.

–¡Y cómo regañó al bicho! –narraba el padre Hobbe–. Menuda reprimenda, vaya que sí, y después lo envió a buscar leña.

–Eso lo he visto en un cuadro –dijo Eleanor–. ¿No se convirtió el oso después en su criado?

–Pero eso es porque Galo era un santo –le explicó el padre Hobbe–. ¡Los osos no van por ahí recogiendo leña para cualquiera! Sólo lo hacen con los santos.

–El santo patrón de las gallinas –intervino Thomas, que lo sabía todo sobre santos, bastante más que el padre Hobbe, en realidad–. ¿Para qué quiere una gallina un santo? –preguntó con sarcasmo.

–¿Galo es el patrón de las gallinas? –inquirió a su vez Eleanor, confundida por el tono de Thomas–. ¿No lo era de los osos?

–De las gallinas –confirmó el padre Hobbe–. De hecho, de todas las aves de corral.

–Pero, ¿por qué? –Eleanor quería saber más.

–Porque una vez exorcizó a una joven de un malvado demonio. –Al padre Hobbe, con aquella cara anchota, el pelo como espinas en punta, de extracción campesina, recio, joven e impaciente, le gustaba contar historias de los santos–. Un montón de obispos habían intentado ya sacarle el demonio del cuerpo –prosiguió–, y todos fracasaron, pero llegó Galo el santo y le echó una maldición. ¡Una maldición a un demonio! Y el maligno se puso a gritar de terror. –El padre Hobbe daba manotazos al aire imitando al espíritu maligno presa del pánico–. Después, desde luego, abandonó el cuerpo de la muchacha y, cuando salió, era igual que una gallina negra, igual que un pollo. Un pollo negro.

–De eso sí que no he visto ningún cuadro –observó Eleanor con su inglés con acento francés; después, mirando hacia el exterior por la puerta del establo, añadió como con nostalgia–, pero me encantaría ver a un oso de verdad llevando leña.

Thomas se sentó a su lado y contempló la noche húmeda, algo neblinosa. Él no estaba tan seguro de que fuera el día de san Galo porque había perdido la noción del tiempo mientras viajaban. ¿No sería ya santa Audrey? Era octubre, eso lo sabía, y también sabía que habían pasado mil trescientos cuarenta y seis años desde el nacimiento de Cristo, pero no estaba seguro del día en que estaban. Era fácil perder la cuenta.

Su padre le recitó una vez todos los servicios dominicales en un sábado y él tuvo que repetirlos al día siguiente. Thomas se persignó a escondidas. Era el bastardo de un cura, y eso, decían, traía mala suerte. Se estremeció. Había una pesadez en el aire que no se debía a la puesta de sol, ni a las nubes de lluvia, ni a la niebla. «Que el señor nos ayude», pensó; había algo de maligno en aquella noche, así que volvió a persignarse y dedicó una oración a san Galo y a su obediente oso. En Londres había visto un oso bailarín, pero tenía los dientes podridos y romos, y los costados pelados por la vara de su amo. Los perros callejeros gruñían y retrocedían cuando el oso se alzaba ante ellos.

–¿Cuánto queda para Durham? –preguntó Eleanor, esta vez en francés, su lengua materna.

–Creo que llegaremos mañana –respondió Thomas, aún con la mirada hacia el norte, donde la densa oscuridad envolvía la tierra–. Me ha preguntado –se dirigió al padre Hobbe en inglés– cuándo llegaremos a Durham.

–Mañana, si Dios quiere –dijo el cura.

–Mañana podrás descansar –le prometió Thomas a Eleanor en francés.

Estaba embarazada y, con la gracia de Dios, daría a luz en primavera. Thomas no estaba muy seguro de qué sensación le provocaba convertirse en padre. Le parecía demasiado precipitado asumir tan joven esa responsabilidad, pero Eleanor estaba contenta y a él le gustaba hacerla feliz, así que le dijo que a él también le gustaba la idea. Y, a veces, hasta era verdad.

–Y, mañana –dijo el padre Hobbe–, obtendremos respuestas.

–Mañana –lo corrigió Thomas–, haremos preguntas.

–Que Dios no permita que hayamos venido de tan lejos para no obtener nada –insistió el padre Hobbe, y para que

Thomas no siguiera discutiendo, sacó su insuficiente cena–. Esto es todo lo que queda de pan –dijo–, pero deberíamos guardar algo del queso y una manzana para el desayuno. –Bendijo la comida con la señal de la cruz y rompió el pan duro en tres pedazos–. Tenemos que comer antes de que caiga del todo la noche.

La oscuridad trajo consigo algo de frío. Cayó una lluvia leve y después se detuvo el viento. Thomas era el que más cerca dormía de la puerta del establo, y, poco después de que se hubiesen acostado, cuando ya dormían todos, le sobresaltó una extraña luz en el cielo del norte.

Se levantó sigilosamente y, junto a la puerta del establo, alzó la mirada. En un instante olvidó el frío, el hambre y todas las insignificantes incomodidades de la vida: estaba viendo el Grial. El Santo Grial, el legado más precioso de todos los que Cristo dejó a los hombres, perdido durante más de mil años, estaba ahora ante él. Podía ver cómo refulgía en el cielo como sangre brillante, y cómo a su alrededor, claros cual aura de un santo, rayos de una luminosidad cegadora llenaban el horizonte.

Thomas quería creer. Quería que el Grial existiera. Estaba convencido de que, si encontraban el Grial, toda la maldad del mundo volvería a las profundidades. Quería creer con todas sus fuerzas, y esa noche de octubre vio el Grial como una inmensa copa en llamas en el cielo, y sus ojos se llenaron de lágrimas hasta emborronar la imagen, aunque seguía viéndolo, y le pareció que del recipiente sagrado salía un halo de vapor. Más allá, elevándose en las alturas, podía ver también los coros angélicos con sus alas heridas por las llamas. El cielo del norte era humo, oro y escarlata, brillando en la noche como una señal para el incrédulo Thomas.

–Oh, Señor –dijo en voz alta; se apartó la manta y se arrodilló junto a la fría puerta del establo–. Oh, Señor.

–¿Thomas? –Eleanor, que estaba a su lado, se había despertado. Se incorporó y se puso a observar la noche–. Fuego –dijo en francés–, *c'est un grand incendie*. –Estaba sobrecogida.

–*C'est un incendie?* –preguntó Thomas; entonces, como si despertara de un sueño, vio que realmente había un enorme incendio en el horizonte cuyas llamas esculpían un abismo en forma de copa entre las nubes.

–Ahí hay un ejército –susurró Eleanor en francés–. ¡Mira! –y señaló otro resplandor más lejano. Ya habían visto esas luces en cielo francés, cuando las llamas se reflejaban en las nubes de los lugares que atravesaba el ejército inglés a su paso por Normandía y Picardía.

Thomas seguía mirando hacia el norte, pero ahora algo abatido. ¿Era un ejército? ¿No se trataba, pues, del Grial?

–¿Thomas? –Eleanor estaba preocupada.

–Es sólo el rumor –dijo.

Era el bastardo de un cura, lo habían criado en las sagradas escrituras y el evangelio de san Mateo prometía que en el fin de los tiempos habría guerras y rumores de guerras. Las escrituras prometían que el mundo llegaría a su fin en un mar de sangre y batallas... Sí, rumores... En el último pueblo la gente los había mirado con desconfianza y un sacerdote huraño los había acusado de ser espías escoceses. El padre Hobbe se había molestado y había amenazado a su colega en el sacerdocio con ponerle buenas las orejas, pero Thomas había conseguido tranquilizarlos a los dos, y habló después con un pastor que le contó que había visto humo en las colinas al norte. Los escoceses, le había informado el pastor, marchaban hacia el sur, aunque la mujer del cura dijo que eso no eran más que paparruchas, y arguyó que las tropas escocesas no eran más que un hatajo de ladrones de ganado.

–Cierra la puerta por la noche –le había aconsejado–, y te dejarán en paz.

La lejana luz empezó a apagarse. No había visto el Grial.

–¿Thomas? –Eleanor fruncía el ceño.

–He tenido un sueño, sólo un sueño.

–He notado que el niño se movía –le dijo, poniéndole una mano en el hombro–. ¿Nos vamos a casar?

–En Durham –le prometió. Él era un bastardo y no quería que su hijo cargara con la misma lacra–. Llegaremos mañana a la ciudad –le aseguró a Eleanor–, y tú y yo nos casaremos en una iglesia y después iremos a hacer las preguntas que hemos venido a hacer –y suplicó íntimamente que una de las respuestas indicara que el Grial no existía. Que fuera un sueño, sólo un truco del fuego y las nubes en un cielo nocturno, pues Thomas temía que cualquier otra posibilidad lo condujera a la locura. Quería abandonar la búsqueda; quería olvidarse del Grial y volver a ser lo que era y lo que quería ser: arquero del ejército inglés.

* * *

Bernard de Taillebourg, francés, fraile dominico e inquisidor, pasó aquella noche de otoño en una porquera. Cuando el alba se levantó blanca por la densa niebla, se puso de rodillas y le dio a Dios las gracias por haber podido dormir entre paja cochambrosa. Después, consciente de su elevada tarea, dedicó una oración a santo Domingo para suplicarle que intercediera ante Dios, de modo que fructificara su jornada.

–Que la llama de la verdad que nos ilumina en tu boca –dijo en voz alta– ilumine también nuestro camino hacia el éxito. –Se balanceó hacia delante, llevado por la intensidad de sus sentimientos, y se golpeó la cabeza con un sólido pilar de piedra que sostenía una esquina de la pocilga. El dolor parecía atravesarle el cráneo, pero él siguió dándose cabezazos contra la piedra hasta que se hirió la piel y sintió la sangre ca-

yendo por encima de su nariz–. Bendito Domingo –gritó–. ¡Santo Domingo! ¡Bendito sea Dios por tu gloria! ¡Ilumina nuestro camino! –La sangre había llegado hasta los labios, la saboreó y fue para él como el reflejo de todo el dolor que los santos y mártires habían soportado por la Iglesia. Tenía las manos entrelazadas y una sonrisa en su rostro demacrado.

Los soldados que la noche anterior habían reducido a cenizas gran parte de la población, violado a las mujeres que no pudieron escapar y asesinado a los hombres que intentaron proteger a las mujeres, miraban ahora al sacerdote mientras seguía golpeando con la cabeza la piedra manchada de sangre.

–Domingo –gemía Bernard de Tailleburg–. ¡Oh, bendito Domingo! –Algunos de los soldados se santiguaron porque sabían reconocer a un santo cuando lo veían. Uno o dos incluso se arrodillaron, aunque la cota de malla dificultaba su movilidad, pero la mayoría observaba al cura con cautela, o miraban a su sirviente, que, sentado fuera de la pocilga, les devolvía la mirada.

El criado, como Bernard de Taillebourg, era francés, pero algo en la apariencia del joven sugería un nacimiento exótico. Tenía la piel oscura, casi tanto como la de un sarraceno, y tenía el pelo largo, negro y brillante, lo que, alrededor de aquella cara delgada, le daba un aspecto fiero. Vestía cota y llevaba espada y, aunque no era más que el criado de un cura, paseaba con confianza y dignidad. Iba vestido con elegancia, algo extraño en un ejército tan andrajoso como aquél. Nadie sabía su nombre. Ni siquiera había alguien que quisiera preguntárselo, como no había nadie que quisiera preguntarle por qué nunca comía o hablaba con el resto de los sirvientes. Ahora, el misterioso sirviente observaba a los soldados con un cuchillo muy largo y estrecho en la mano izquierda; cuando consideró que ya lo estaban mirando suficientes hombres, balanceó el cuchillo, apoyándolo por la punta

en un dedo. La punta estaba afiladísima y no lo hería porque llevaba el dedo protegido con la funda de otro dedo que había cortado de un guante de malla. Apartó el dedo con un movimiento y el cuchillo giró sobre sí mismo en el aire, para volver a caer de nuevo, aún de punta, en el mismo sitio. El sirviente no había mirado el cuchillo ni una vez, no había apartado los ojos de los soldados un solo instante. El cura, totalmente ajeno a la exhibición, aullaba oraciones con las mejillas cubiertas de sangre.

–¡Domingo! ¡Domingo! ¡Ilumina nuestro camino! –El cuchillo volvió a girar en el aire. Su perverso filo reflejaba la débil luz de la mañana–. ¡Domingo! ¡Guíanos! ¡Guíanos!

–¡A los caballos! ¡Montad! ¡A los caballos! –Un hombre de pelo cano, con un enorme escudo colgado del hombro izquierdo, se abría paso entre los curiosos–. ¡No tenemos todo el día! En el nombre del demonio, ¿qué estáis mirando? ¡Cristo bendito en su cruz!, ¿pero qué es esto? ¿La maldita feria de Eskdale? ¡Por el amor de Dios, empezad a moveros! ¡Venga! –El escudo que llevaba en el hombro representaba un corazón rojo, pero la pintura estaba tan borrada y la piel del escudo tan estriada que era difícil distinguir la insignia–. ¡Oh, Cristo bendito! –El hombre había visto al dominico y a su criado–. ¡Padre! ¡Nos vamos! ¡Ahora! Y no espero a las oraciones. –Se volvió hacia sus hombres–. ¡Venga! ¡Moved los huesos! ¡Tenemos una misión que cumplir, demonios!

–¡Douglas! –espetó de repente el dominico.

El hombre de pelo gris se dio la vuelta al instante.

–Mi nombre, cura, es sir William, y haríais bien en recordarlo.

El sacerdote parpadeó. Parecía sufrir una confusión momentánea, aún estaba en el éxtasis de su dolorosa oración; después hizo ademán de inclinarse, como reconociendo su error al utilizar el apellido de sir William.

–Estaba hablando con santo Domingo –explicó.

–Ya veo, ya. Pues espero que le hayáis pedido que levante esta maldita niebla.

–¡Y él nos guiará en este día! ¡Nos guiará!

–Pues más le vale llevar ya puestas las botas –le gruñó sir William Douglas, caballero de Liddesdale, al cura–, porque nos vamos esté listo vuestro santo o no. –La cota de malla de sir William estaba ajada por las batallas y había sido reparada con nuevos anillos. Estaba oxidada por la orilla y los codos; el escudo despintado, como su rostro marcado por el clima, lleno de cicatrices. Tenía cuarenta y seis años y creía llevar la marca de una espada, flecha o lanza por cada uno de esos años que habían encanecido tanto su pelo como su barba recortada. En ese momento, estaba abriendo la pesada puerta de la pocilga–. Arriba, padre. Tengo una montura para vos.

–Caminaré –dijo Bernard de Taillebourg mientras cogía una recia vara que llevaba una correa de cuero anudada en la punta–, como caminó nuestro Señor.

–Así no se mojará cuando vadeemos los ríos, ¿eh? –bromeó sir William entre risas–. ¿Caminaréis sobre las aguas, padre? ¿Con vuestro sirviente? –De entre todos sus hombres era el único que no estaba impresionado por el sacerdote francés o atemorizado por su bien armado sirviente, aunque sir William era famoso por no temer a ningún hombre. Era un jefe y señor fronterizo que empleaba el asesinato, el fuego, la espada y la lanza para proteger su tierra, y por muy fiero que fuera el sacerdote parisino era difícil que pudiera impresionarlo. De hecho, a sir William no le entusiasmaban los curas, pero su rey le había ordenado que llevara a Bernard de Taillebourg en la incursión de esa mañana, y sir William no había tenido más remedio que acceder, aunque lo hiciera a regañadientes.

A su alrededor, los soldados estaban montando. Iban armados con el equipo ligero porque no esperaban encontrar enemigos. Unos pocos, como sir William, llevaban escudos, pero la mayoría se conformaba con una espada. Bernard de Taillebourg, con el hábito húmedo y manchado de barro, se apresuró para ponerse al lado de sir William.

–¿Entraréis en la ciudad?

–Pues claro que no entraré en esa condenada ciudad. Hay una tregua, ¿no os acordáis?

–Pero, cuando hay una tregua...

–Cuando hay una tregua los dejamos estar.

El inglés del cura era bueno, pero le costó unos instantes entender qué querían decir las tres últimas palabras de sir William.

–¿No va a haber enfrentamiento?

–Entre nosotros y la ciudad, no. Y como no hay un puto ejército inglés en cien millas a la redonda, no habrá enfrentamiento. Lo único que vamos a hacer es buscar comida y forraje, padre, comida y forraje. Alimentar a los hombres y a los animales es la manera de ganar las guerras –mientras hablaba, sir William montó en su caballo, que sostenía un escudero. Metió las botas en los estribos, se recogió las faldas de la malla por encima de los muslos y agarró las riendas–. Os llevaré cerca de la ciudad, padre, pero después de eso tendréis que espabilaros por vuestra cuenta.

–¿Espabilar? –preguntó Bernard de Taillebourg, pero sir William ya se había dado la vuelta y espoleaba su caballo hacia una llanura embarrada que había entre los bajos muros de piedra. Un reguero de doscientos hombres de armas montados, sombríos y grises en la neblinosa mañana, iba detrás de él y el sacerdote, zarandeados por sus enormes y sucios caballos, esforzándose por mantener el ritmo. El sirviente los siguió sin que pareciera tener interés en todo cuanto hacía.

Evidentemente, estaba acostumbrado a pasar tiempo entre soldados y no mostraba temor alguno; de hecho, su actitud sugería que era más bueno con las armas que la mayoría de los hombres que cabalgaban tras sir William.

El dominico y su criado habían viajado hasta Escocia con una docena de mensajeros más, enviados al rey David II por Felipe de Valois, rey de Francia. La embajada era un grito de auxilio. Los ingleses lo habían quemado todo a su paso por Normandía y Picardía, habían masacrado al ejército del rey francés cerca de una población llamada Crécy y los arqueros ingleses poseían ahora una docena de refugios en Bretaña, mientras que sus feroces jinetes llegaban desde las posesiones ancestrales de Eduardo de Inglaterra en Gascuña. Todo eso era malo, pero para acabarlo de empeorar, como para demostrar a toda Europa que Francia sería desmembrada sin impunidad alguna, el rey inglés había puesto sitio a la inmensa bahía fortificada de Calais. Felipe de Valois hacía lo que podía por levantar el sitio, pero se acercaba el invierno, sus nobles murmuraban que el rey no era un guerrero, y no había tenido más remedio que apelar a la ayuda del rey David de Escocia, hijo de Robert Bruce. «Invadid Inglaterra –había suplicado el rey francés– y forzad así a Eduardo a abandonar el sitio de Calais para proteger su tierra». Los escoceses valoraron la invitación; después la embajada del rey francés los convenció de que Inglaterra había quedado indefensa. ¿Cómo podía ser de otro modo? Todo el ejército de Eduardo de Inglaterra estaba en Calais, Bretaña o Gascuña, y no había quedado nadie para defender Inglaterra, lo que significaba que el antiguo enemigo había quedado desvalido, estaba pidiendo a gritos ser expoliado, y todas las riquezas de Inglaterra esperaban caer en manos escocesas.

Así que los escoceses se dirigieron al sur.

Era el ejército más grande que Escocia había enviado al otro lado de la frontera en toda su historia. Todos los grandes

señores formaban parte de él, los hijos y nietos de los guerreros que habían doblegado a Inglaterra en la sangrienta matanza de Bannockburn; y todos esos señores iban acompañados de hombres de armas curtidos en las incesantes batallas fronterizas, pero esta vez, empujados por el olor del botín, habían acudido también los jefes de los clanes de las montañas y las islas: jefes que comandaban a grupos de hombres salvajes, hombres de las tribus que hablaban una lengua propia y luchaban como demonios desatados. Habían llegado a miles para hacerse ricos, y los mensajeros franceses, una vez cumplida su misión, volvieron a casa para decirle a Felipe de Valois que Eduardo de Inglaterra seguramente levantaría el sitio de Calais en cuanto supiera que los escoceses estaban saqueando sus tierras del norte.

La embajada francesa había vuelto a casa, pero Bernard de Taillebourg se había quedado. Tenía cosas que hacer en el norte de Inglaterra, aunque en los primeros días de la invasión no había experimentado más que frustración. El ejército escocés contaba con doce mil hombres. Era más grande que las fuerzas con las que Eduardo de Inglaterra había vencido a los franceses en Crécy, y aun así, nada más cruzar la frontera, el gran ejército se había detenido para sitiar una solitaria fortaleza que sólo guardaban treinta y ocho hombres, y aunque habían muerto los treinta y ocho, el intento les había llevado cuatro días. Pero habían perdido aún más tiempo negociando con los habitantes de Carlisle, que les habían pagado en oro para que dejaran intacta la ciudad, y después, el joven rey escocés había desperdiciado otros tres días saqueando el enorme priorato de los Cañones Negros, en Hexham. Ahora, diez días después de haber atravesado la frontera, y tras vagar por los páramos ingleses del norte, los escoceses habían llegado por fin a Durham. La ciudad les había ofrecido mil libras de oro si no era atacada, y el rey David les había dado dos

días para recaudar la suma. Lo que significaba que Bernard de Taillebourg tenía dos días para encontrar una manera de entrar en la ciudad, y por ese motivo seguía a sir William Douglas hacia el valle, a través de un río y por una empinada colina, medio cegado por la niebla y trastabillando en el barro.

–¿Hacia dónde está la ciudad? –exigió de sir William.

–Cuando se levante la niebla, padre, os lo indicaré.

–¿Respetarán la tregua?

–Los de Durham son hombres píos, padre –repuso con amargura sir William–, pero, lo que es mejor aún, son hombres asustados. –Habían sido los monjes de la ciudad los que habían negociado el rescate y sir William había aconsejado que no aceptaran el trato. Si los monjes ofrecían mil libras, era su opinión, lo mejor sería matar a los monjes y conseguir dos mil, pero el rey David había rechazado su propuesta. David Bruce había pasado gran parte de su juventud en Francia y se tenía por un hombre de cultura, y sir William no era tan quisquilloso con los escrúpulos–. Estaréis a salvo si los convencéis de que os dejen pasar –tranquilizó sir William al cura.

Los jinetes habían llegado a la cima de la colina, y sir William giró hacia el sur por la cresta, siguiendo todavía el camino amurallado a ambos lados y que conducía, una milla más allá, aproximadamente, hasta una aldea abandonada en la que cuatro casas, tan bajitas que los techos de paja parecían crecer del suelo, estaban apiñadas junto a un cruce. En el centro del cruce, en un trozo lleno de hierba y ortigas y rodeado de surcos enfangados, había una cruz de piedra inclinada hacia el sur. Sir William hizo frenar al caballo junto al monumento y contempló el dragón esculpido que rodeaba el asta. A la cruz le faltaba un brazo. Una docena de hombres desmontaron y se metieron en las casas, pero no encontraron nada ni a nadie, aunque en una de ellas aún ardían las brasas de un fuego, así que las usaron para prender fuego a los teja-

dos. La paja parecía reacia a arder. Estaba tan húmeda que incluso crecían en ella el musgo y las setas.

Sir William sacó el pie del estribo e intentó tumbar la cruz de una patada, pero no se movía. Gruñó por el esfuerzo, vio la expresión desaprobadora en el rostro de Bernard de Taillebourg y frunció el ceño.

–No es suelo sagrado, padre. No es más que la maldita Inglaterra. –Miró otra vez el dragón labrado, con la boca abierta, mientras se enroscaba por el asta de piedra–. Qué cabrón más feo, ¿eh?

–Los dragones son criaturas del pecado, cosas del demonio –repuso Bernard de Taillebourg–, lo más lógico es que sea feo.

–Una cosa del demonio, ¿eh? –Sir William le pegó otra patada a la cruz–. Mi madre –comenzó a explicar mientras le daba una tercera e inútil patada– siempre me contaba que los malditos ingleses enterraban el oro robado bajo cruces de dragón.

Dos minutos más tarde, la cruz había sido arrancada y doce hombres miraban dentro del agujero que había dejado con decepción. El humo de los tejados espesó aún más la niebla, se enroscó por el camino y se desvaneció en el gris de la mañana.

–Nada de oro –gruñó sir William, y después convocó a sus hombres y los guio en dirección al sur para escapar del asfixiante humo. Buscaba cualquier tipo de ganado que pudiera llevar al ejército escocés, pero los campos estaban vacíos. Dejaron las granjas ardiendo atrás. El fuego era de un dorado rojizo atenuado por la niebla y se iba amortiguando a medida que avanzaban, hasta que sólo quedó el olor a hoguera. Fue en ese momento, de repente y de manera abrumadora, cuando la tierra pareció llenarse con el ruido de alarma y un repique de campanas inundó el cielo. Sir William, que sospecha-

ba que el sonido venía del este, se metió por una grieta del muro en un pasto, frenó el caballo y se puso de pie sobre los estribos. Oía el sonido, pero en la niebla era imposible saber de dónde provenían las campanas o cuán lejos estaban, y el repicar se detuvo tan de repente como había empezado. La bruma empezaba a desvanecerse, se escondía entre las hojas anaranjadas de un grupo de olmos. El pasto vacío en el que Bernard de Taillebourg se hincó de rodillas y empezó a rezar en voz alta estaba punteado, aquí y allá, de setas blancas.

–¡Cállese, padre! –le espetó sir William.

El sacerdote se persignó como implorando al cielo que perdonara la impiedad de sir William al interrumpir una oración.

–Habéis dicho que no habría enemigos –se quejó.

–No intento oír al enemigo, demonios, sino ovejas y vacas. –Aun así, sir William parecía extrañamente nervioso para ser alguien que sólo buscaba ganado. Seguía inquieto en la silla, contemplaba la niebla y fruncía el entrecejo al oír los pequeños ruiditos que salían del roce de las cotas de malla o de los cascos en el suelo húmedo. Les gritó a los hombres de armas que estaban más cerca de él que se callaran. Él era soldado antes de que algunos de aquellos hombres hubieran nacido y no seguía vivo por haber ignorado sus instintos, y ahora, en esa niebla húmeda, olía peligro. La razón le decía que no había nada que temer, que el ejército inglés estaba lejos, en el mar, pero él seguía oliendo la cercanía de la muerte y, sin ser demasiado consciente de lo que estaba haciendo, se quitó el escudo del hombro y metió el brazo izquierdo en las cinchas. Era un escudo grande, uno de los que se utilizaban antes de que los hombres añadieran placas de metal a la cota, un escudo suficientemente ancho para proteger todo el cuerpo.

Un soldado gritó desde el borde del prado y sir William se llevó el puño a la espada. Después comprendió que el hom-

bre sólo avisaba de la aparición repentina de unas torres entre la niebla, que en la cresta montañosa ya no era más que neblina, aunque en la profundidad del valle se veía tan densa como un río blanco. Y al otro lado del río, al este, y aún más al norte, emergía entre la blancura espectral de otra cresta una gran catedral y un castillo. Se erguían entre las brumas, enormes y oscuros, como edificios de la imaginación malvada de algún mago, y el criado de Bernard de Taillebourg, que sentía que no había visto la civilización en semanas, parecía contemplar en estado de trance los dos edificios. La torre más alta de las dos de la catedral estaba llena de monjes con hábitos negros, y el criado se dio cuenta de que estaban señalando a los jinetes escoceses.

–Durham –gruñó sir William, imaginando que las campanas habían estado llamando a los fieles para las oraciones matutinas.

–¡Tengo que ir allí! –El dominico se puso en pie y, vara en mano, se encaminó hacia la ciudad envuelta en niebla.

Sir William espoleó al caballo hasta que se puso delante del francés.

–¿Qué prisa tenéis, padre? –exigió saber, y De Taillebourg intentó esquivarlo y seguir adelante, pero oyó desenvainar y, de repente, una hoja fría, pesada y gris apareció ante la cara del dominico–. Os he preguntado, padre, qué prisa tenéis. –La voz de sir William era tan fría como su espada; de repente, alertado por uno de sus hombres, miró al criado del cura que había medio sacado su propia arma–. Padre, si ese cabrón vuestro no envaina la espada –sir William hablaba con calma, pero en su voz había una amenaza terrible–, me voy a freír sus huevos para cenar.

De Taillebourg dijo algo en francés y el criado envainó a regañadientes. El sacerdote miró a sir William.

–¿No teméis por vuestra alma mortal? –le preguntó.

Sir William sonrió, se detuvo y miró a su alrededor, pero no vio nada extraño en la niebla y decidió que su nerviosismo anterior era fruto de su imaginación. El resultado, quizá, de demasiada carne de cerdo y demasiado vino en la cena. Los escoceses habían festejado la captura de la casa del prior de Durham, y el prior vivía bien, a juzgar por su despensa y su bodega, pero el buen yantar daba alas a la imaginación de los hombres.

–Mi propio cura se encarga ya de mi alma –dijo sir William, y después levantó la punta de la espada para obligar a De Taillebourg a mirar hacia arriba–. ¿Qué tiene que hacer un francés con nuestros enemigos de Durham? –le preguntó.

–Son asuntos de la Iglesia –respondió De Taillebourg con firmeza.

–Me trae sin cuidado de quién demonios sea el asunto –replicó sir William–, sigo queriendo saberlo.

–Cerradme el camino –repuso De Taillebourg, apartando la espada–, y haré que os castigue el rey, que os condene la Iglesia y que el santo padre envíe vuestra alma a la eterna perdición. Invocaré...

–¡Cerrad ese maldito agujero que tenéis por boca! –gritó sir William–. ¿Creéis, cura, que me vais a asustar? Nuestro rey es un cachorro y la Iglesia hace lo que dice quien paga. –Volvió a apuntar la espada y esta vez la posó en el cuello del dominico–. Ahora explicadme vuestros asuntos. Decidme por qué un francés se queda con nosotros en vez de volver a casa con sus paisanos. Contadme qué queréis hacer en Durham.

Bernard de Taillebourg se agarró el crucifijo que le colgaba del cuello y se lo entregó a sir William. En otro hombre habría parecido una señal de miedo, pero el dominico parecía amenazar el alma de sir William con los poderes del cielo. Sir William lo miró con ojos llenos de ansiedad, como si tasara su enorme valor, pero la cruz era de madera y la figurita de

Cristo, retorcida en la agonía, de hueso amarillento. Si la figura hubiera sido de oro, sir William aún habría cogido la baratija; en lugar de eso, escupió con desdén. Algunos de sus hombres, que temían a Dios más que a su señor, se persignaron, pero a la mayoría no le importó. Observaban de cerca al criado, porque parecía peligroso, pero un clérigo parisino de mediana edad, por muy fiero que fuese o demacrado que estuviera, no los asustaba.

–¿Y qué haréis? ¿Matarme?

–Si no tengo más remedio –dijo sir William, implacable. La presencia del sacerdote en la embajada francesa había sido sospechosa, y el hecho de que se quedara cuando los volvieron a Francia sólo acababa de componer el misterio. Pero sir William sabía algo más. Un hombre de armas parlanchín, uno de los franceses que habían traído doscientas armaduras de placas de regalo para los escoceses, le había dicho que el cura iba detrás de un inmenso tesoro, y si el tesoro estaba en Durham, sir William quería saberlo. Quería una parte–. Ya he matado antes a sacerdotes –le dijo a De Taillebourg–, y otro cura me vendió las indulgencias por la matanza, así que no creáis que me dais mucho miedo ni vos ni vuestra Iglesia. No hay pecado que no se pueda comprar ni perdón que no se pueda adquirir.

El dominico se encogió de hombros. Dos de los hombres de sir William estaban detrás de él, con las espadas desenvainadas, y comprendió que los escoceses no dudarían un segundo si se veían obligados a matarlos. Los hombres que estaban bajo el corazón rojo de Douglas eran rufianes de frontera, criados para combatir igual que los perros se criaban para la caza, y el dominico supo que era inútil seguir amenazando sus almas porque ésa era una cuestión que no les preocupaba lo más mínimo.

–Voy a Durham –acabó por claudicar De Taillebourg–, para ver a un hombre.

–¿A qué hombre? –preguntó sir William, aún con la espada en el cuello del cura.

–Es un monje –explicó De Taillebourg con paciencia–. Muy anciano ya, tan viejo que puede que no esté vivo. Es francés, un benedictino, y huyó de París hace muchos años.

–¿Por qué huyó?

–Porque el rey quería su cabeza.

–¿La cabeza de un monje? –Sir William adoptó un tono escéptico.

–No siempre había sido benedictino –prosiguió De Taillebourg–, antes había sido templario.

–Ah –Sir William empezaba a comprender.

–Y sabe dónde se oculta un gran tesoro.

–¿El tesoro de los templarios?

–Se dice que está escondido en París –empezó a contar De Taillebourg–, y que ha permanecido escondido durante todos estos años, pero hasta hace poco no descubrimos que el francés estaba vivo y en Inglaterra. Veréis, el benedictino fue una vez el sacristán de los templarios. ¿Sabéis qué significa eso?

–No me habléis con condescendencia, padre –repuso sir William fríamente.

De Taillebourg inclinó la cabeza para reconocer la justicia del reproche.

–Si alguien sabe dónde está el tesoro de los templarios –prosiguió con humildad–, ése es el que fue su sacristán, y ahora sabemos que vive en Durham.

Sir William apartó la espada. Todo lo que el cura decía tenía sentido. Los caballeros templarios, una orden de monjes soldados que había prometido proteger las rutas de peregrinación entre Jerusalén y la cristiandad, se habían enriquecido por encima de los sueños de los reyes, y eso supuso una insensatez, porque puso celosos a los reyes, y los reyes celosos